



## Seminario de Silencio 21 de octubre de 2015

### **La casa en orden**

Del Evangelio según Lucas (11,15-26)

Algunos de ellos dijeron: «Por Belcebú, príncipe de los demonios, expulsa los demonios.» Otros, para ponerle a prueba, le pedían un signo del cielo. Pero él, conociendo sus intenciones, les dijo: «Todo reino dividido contra sí mismo queda asolado y una casa se desploma sobre la otra. Si, pues, también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo va a subsistir su reino?... porque decís que yo expulso los demonios por Belcebú. Si yo expulso los demonios por Belcebú, ¿por quién los expulsan vuestros hijos? Por eso, ellos serán vuestros jueces. Pero si por el dedo de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios. Cuando uno fuerte y bien armado custodia su palacio, sus bienes están en seguro; pero si llega uno más fuerte que él y le vence, le quita las armas en las que estaba confiado y reparte sus despojos. «El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama. «Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda vagando por lugares áridos, en busca de reposo; y, al no encontrarlo, dice: `Me volveré a mi casa, de donde salí.' Y, al llegar, la encuentra barrida y en orden. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él; entran y se instalan allí, y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio.»

## La purificación de las heridas

El *sim-bolo* es aquello que une; el *día-bolo*, en cambio, lo que separa. Nuestra vida es sana en tanto que resulta simbólica, es decir, en la medida en que nuestros gestos, silencios y palabras son expresivos y, por ello, crean comunión. Nuestra vida está enferma, por el contrario, si estamos interiormente divididos o separados, si permitimos –por utilizar el lenguaje del Evangelio- que nos habiten y envenenen los demonios.

A nuestra mentalidad moderna sorprende mucho la actividad exorcista de Jesús y, sin embargo, todos tenemos dentro “demonios” o *día-bolos* que van minando nuestra confianza en la vida y en nosotros mismos y, así, ensombreciendo nuestro rostro. De este modo, sin darnos cuenta, nos convertimos en una caricatura de nosotros mismos y nos alejamos de aquello a lo que hemos sido llamados.

Meditamos para purificar nuestras sombras o heridas del alma, esto es, para lograr una higiene o limpieza interior. El silencio nos purifica, recompone lo que se nos ha roto por dentro, nos devuelve la dignidad de ser personas. La verdadera meditación es siempre liberación de una esclavitud: una pesadumbre o melancolía inexplicable que se apoderaba de nosotros, una desconfianza enfermiza en el futuro y en el otro, un vicio secreto y oculto, un prejuicio que ensuciaba nuestra mirada...

El mejor signo de una vida lograda es, por decirlo con el evangelista, que estamos “recogidos”, no “desparramados”: que nuestra voluntad no está dividida, queriendo una cosa por un lado y otra por el otro; que nuestros afectos no son contradictorios, deseando algo y su contrario; que siempre y en cualquier parte nos sentimos como en casa. Estamos lejos del camino, por el contrario, cuando pedimos milagros, es decir, cuando no nos maravillamos ante el milagro permanente y cotidiano del aquí y del ahora.

Lo que dices y haces, ¿expresa realmente lo que eres?

¿Qué es lo que mayormente ensombrece tu rostro y envenena tu alegría? O, dicho de otro modo, ¿cuáles son tus principales demonios?

¿Cómo de lejos o de cerca estás de aquello que quisieras y debieras ser?

¿Has experimentado la meditación como liberación de algún peso o esclavitud?

¿Estás finalmente centrado o aún disperso en mil y un intereses y ocupaciones?

¿Qué ha sido hoy milagroso para ti? ¿Para quién has sido hoy un milagro?